

Lógica y magia de la máquina¹

François Dagognet

Dos cuestiones preocupan actualmente a los filósofos: ¿podría pensar la máquina moderna? y, cuando pensamos, ¿no seguimos mecanismos, lo que significaría que pensar se convierte en calcular con más o menos automatismo?

El siglo XIX se planteaba ya la cuestión de saber si un jugador artificial lograría ganarle al hombre. E. Poe, que había asistido a una demostración del "Turco", jugador de ajedrez, trató esta cuestión para sostener que el éxito del androide dependía de una astucia. Pero en el siglo XX, la técnica computacional permitirá modificar esta conclusión y afirmar que la máquina programada sabe a la vez jugar y ganar.

En los siglos XVI y XVII, los filósofos y los mecanólogos estaban ya divididos sobre el tema, pero a propósito de otras actuaciones y de otras simulaciones: ¿hasta dónde va "la artificialización" de las capacidades o de los ejercicios propios de los seres vivientes? Esta automatización parece haber obedecido a muchos móviles, y evolucionado según una ley de los tres estados.

Primero, se encuentra en la magia, como si el hombre pudiera remedar al creador o realizar el sueño de Pygmalión. Las escenas vivientes mecanizadas sirven para la "recreación". En el siglo XVII, las primeras realizaciones se hacen en el teatro, con los teatros de máquina como el Andrómedo de Corneille, o en los juegos de agua como la gruta de Saint-Germain-en-Laye. Pero mucho más que el teatro, la música y sus instrumentos son los que van a favorecer la aceleración de esta mecánica humana. Mersenne se esforzará por fabricar estatuas que hablen y que canten, haciendo pronunciar sílabas por medio de tubos de órgano. Rápidamente la mecanología, de la misma forma que reconstituye movimientos, sabe forjar los ruidos, los sonidos y los cantos que los acompañan.

Luego, la escuela cartesiana va a amplificar el número y las proezas de los autómatas y sobre todo a confiarles otra misión: dar una lección de metafísica. Para Descartes, el autómata aporta la prueba que la sola y simple disposición de las piezas y de sus diversos engranajes es suficiente para realizar lo que

¹ François Dagognet. "Lógica y magia de la máquina". *Museo de artes y oficios*, La revista n° 8, septiembre de 1994, pp. 24-28. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Palau C. Medellín, 16 de abril de 2007.

observamos en la naturaleza, especialmente en sus aspectos más complejos. Ya el autómata no solamente muestra, sino que demuestra.

Finalmente, el autómata conocerá una discreta entrada en el mundo de los talleres y manufacturas. Esta nueva automatización consiste en reemplazar y amplificar el trabajo físico o intelectual del hombre, que es desfalleciente o inconstante, por el funcionamiento de un dispositivo capaz de autorregulación. El siglo XVII retomará y ampliará lo que los ingenieros del Renacimiento habían ya puesto a funcionar, como el regular de bolas de Francesco di Giorgio. Pero lo que más sorprende es que los pensadores del siglo XVII tratarán de aplicar estos procedimientos de eficacia y de celeridad al espíritu mismo. Spinoza, en la *Ética*, se propone analizar la vida afectiva humana como si se tratase de puntos, de líneas, de planos. En el *Tratado de la reforma del entendimiento*, va más lejos al defender una real mecánica del espíritu. Estas ideas son retomadas por otros pensadores, especialmente Leibniz.

El siglo XVII no permaneció indiferente al problema de la auto-mecanización. Ha jugado con esta teoría, y se ha servido de ella para expulsar las teorías naturalistas, hostiles a los artificios. Ha llegado hasta aplicarla al dominio del espíritu y de la invención. El reloj y el órgano constituyen sus referencias. Si no se trata completamente de un automatismo, si son ya instrumentos sorprendentes, capaces de sustituir al hombre y realizar lo que solo él podía evaluar o producir.

Descartes como Spinoza recordaban también que el artesano, cuando trabaja, respeta procedimientos y sigue "el orden". El siglo XVII nos ha encaminado directamente a la revolución del trabajo, allí donde la división de las tareas, analizada por A. Smith, cuenta menos que su entera autonomía, la automatización.